

TESTIGOS EN LA ESCUELA

4

EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN

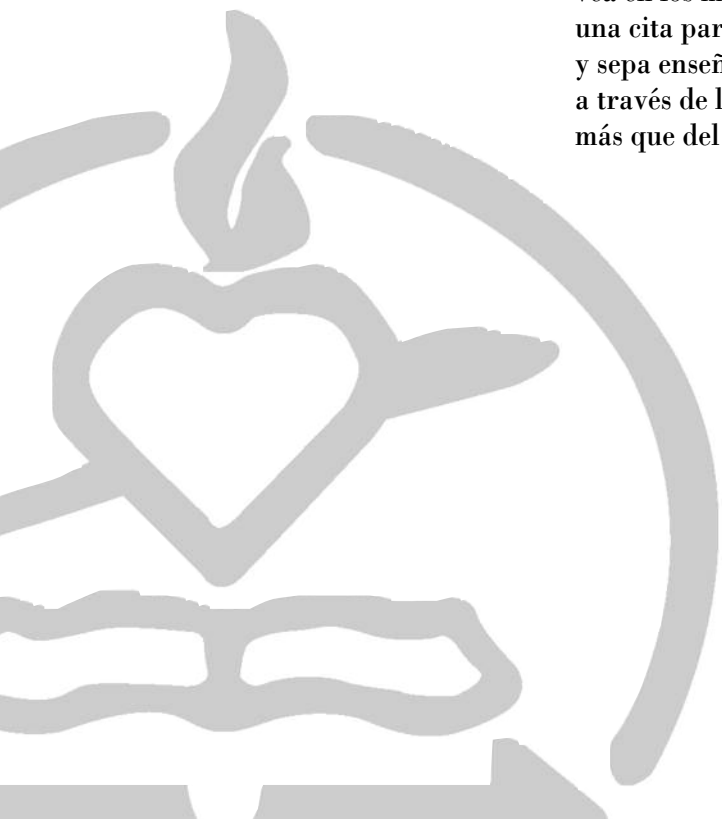
Miguel Ángel Kéller, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-932490-3-3****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-27.896-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Educación y evangelización

MIGUEL ÁNGEL KÉLLER, OSA

SOSPECHAS E INTERROGANTES SOBRE LA EDUCACIÓN

LA larga tradición y amplia presencia de la Iglesia en la educación, particularmente en algunos países, permitiría pensar en un laicado de firmes convicciones religiosas y seriamente comprometido en la transformación de la sociedad desde criterios evangélicos. El panorama, sin embargo, es otro, y parece que una gran parte del equipaje que el Colegio pretende poner en manos de los alumnos, al paso de los años, lo van dejando al lado del camino.

Antes se justificaba el abandono de la práctica sacramental «porque ya oí muchas Misas cuando estuve en un Colegio de curas». Es un ejemplo que,

por estirarlo más allá de la realidad, se convierte en un tópico, en una fotografía amarillenta que ya no es de este tiempo. También se recuerdan prácticas, hoy inaceptables, que responden a una época superada, afortunadamente: «Recuerdo también que en nuestro colegio (se refiere a un colegio religioso que cita expresamente) había un grupo de alumnas a las que llamaban *las gratuitas*, que entraban por otra puerta y llevaban un uniforme distinto al nuestro, cosa que entonces no nos llamaba la atención, porque era lo normal» (Raúl Cremades, *Nadie olvida a un buen maestro*, Testimonio de Cristina Almeida, Ed. Espasa, Madrid 1999, p. 42).

Los documentos de la Iglesia insisten en que los Centros educativos católicos son un lugar privilegiado de evangelización, y la dimensión pastoral siempre ha estado unida a la académica y económica. Nadie puede ocultar que el aspecto económico está presente, junto a otros, en algunas obras de la Iglesia. Contamos con unos edificios, unas instalaciones ordinariamente bien

dotadas de medios, unos recursos humanos competentes, pero la rentabilidad pastoral de los colegios está bajo sospecha. Los resultados no siempre coinciden con los objetivos deseados. Se plantea, así, un serio desafío para la Iglesia y para los educadores católicos. Es hora, entonces, de preguntarnos, con seriedad, si nuestro Centro Educativo Agustiniiano asume responsablemente el compromiso evangelizador y, sobre todo, si toda la orientación del Centro está encaminada hacia la evangelización.

Al acercarnos a la figura de san Agustín hemos visto que fue un *maestro*, siempre rodeado de discípulos, y más identificado con el título de condiscípulo que con el de maestro. Maestros sólo hay uno, y «¿Quién es el que nos enseña sino la verdad que permanece?» (*Confesiones* 11,8,10). Con frecuencia, los maestros verdaderos se sienten discípulos. No duda en confesarlo el poeta José Hierro, cuando escribe: «Discípulo es lo que somos todos, de la cuna a la sepultura. Es un sinónimo de *ser humano*. Seguimos a alguien. Yo soy discípulo de todos cuantos me han precedido (...) Sin olvidar a muchos que nacieron después de mí, y a los que debo mucho, que también han sido, a su modo, mis maestros. De igual modo que sentimos cómo se renueva el idioma oyendo hablar a los más jóvenes, sabemos cómo se renueva la poesía leyendo, también, a los más jóvenes» («Abecedario personal», en *El mundo*, «El cultural», 3-9 de abril de 2002).

Agustín fue maestro y discípulo al mismo tiempo; pero, ante todo, un gran evangelizador. Durante años profesor de Oratoria y Humanidades, tropezando con las dificultades propias del aula. La mayor parte de su vida la ocupó en la evangelización a través de distintas formas: escritos, predicación, animación y servicio a la comunidad cristiana. Nunca renunció a su talante educador, y así se ve reflejado en sus obras. Su figura puede ayudarnos a entender que educación y evangelización son dos realidades que van de la mano. Algo muy importante, sin duda, para los educadores creyentes de todos los tiempos, a pesar de los intentos de algunos sectores sociales por contemplar la educación, únicamente, como correa transmisora de conocimientos. Educar sólo hacia metas inmediatas (profesionales, técnicas, económicas...), sin ninguna referencia a las metas últimas (humanas y religiosas) es dejar sin respuesta los interrogantes más profundos del ser humano.

Tampoco faltan, por supuesto, errores y falsificaciones a la hora de entender la evangelización y la acción pastoral. El evangelio de Jesús de Nazaret no excluye ninguna de las dimensiones de la persona, y por eso abarca e ilumina toda la existencia humana. En consecuencia, desde una perspectiva integradora y a la vez abierta a la dimensión de la fe toda auténtica educación ha de resultar evangelizadora, y toda evangelización ha de ser educadora y liberadora de las personas. Podemos decir, incluso, que la educación y la evangelización comparten los mismos objetivos, en

orden al crecimiento y plenitud de los seres humanos. Así lo entendió y vivió san Agustín. Para él la educación apunta a los grandes valores, hace referencia a las aspiraciones y preguntas más profundas, tiene como objetivo la búsqueda incesante de la verdad y del sentido de la vida que caracterizó su experiencia personal.

«La formación integral del hombre como finalidad de la educación incluye el desarrollo de todas las facultades humanas del educando, su preparación para la vida profesional, la formación de su sentido ético y social, su apertura a la trascendencia y su educación religiosa... El educador católico puede estar seguro de que hace al hombre más hombre... Es obvio, por todo ello, que la escuela católica entra de lleno en la misión salvífica de la Iglesia y, particularmente, en la exigencia de la educación en la fe.»

(SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA,
Roma 1982. *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, 17,18,38.)

Hay que cerrar el contencioso entre educación y evangelización, pero hay que hacerlo con una gran honradez. Es decir, no se trata sólo de admitir las

posibilidades teóricas de evangelización, sino de aceptar el reto de la evangelización. Con niños que comienzan la aventura de la vida, con jóvenes que experimentan esa dura labranza, que es la condición humana, con padres que ven en la desorientación de sus hijos el reflejo de sus propios conflictos matrimoniales y ante la constatación de vivir en un mundo postcristiano que muestra distintas formas de increencia, ¿alguien se atrevería a negar que estamos ante una plataforma extraordinaria de acción evangelizadora? Cada día son más los niños, los jóvenes y los adultos que su único punto de contacto con la Iglesia es nuestro Colegio. Por eso fijar sólo la atención en los alumnos que ocupan las aulas sería olvidar que si su entorno familiar no entra también en la dinámica de la evangelización, nuestra propuesta no encontrará ningún respaldo familiar. El itinerario vital de san Agustín puede servir de convocatoria para los hombres y mujeres que dudan, que buscan, que viven en la insatisfacción. Será lugar de encuentro el empeño compartido por la paz y la justicia, los derechos humanos, el respeto por la naturaleza...

Cuando se habla de evangelizar, piensan algunos en un horario con un plus de tiempos para la formación religiosa, en celebraciones litúrgicas obligatorias o en un ambiente interno de internado que protege frente a la inclemencia moral de la sociedad. Bueno es repasar el alcance del término evangelización. Las clases de Religión o las celebraciones litúrgicas no son los tiempos exclusivos de acción evangelizadora. Se evangeliza desde la presencia y la cercanía, a través de la

actividad académica y de las actividades extraescolares, por medio de gestos concretos de acogida; ofreciendo gratuitamente nuestro tiempo, nuestras aptitudes...

QUÉ SE ENTIENDE POR EVANGELIZACIÓN

Ya estamos a vueltas con el lenguaje. En el vocabulario eclesiástico, como en todos los vocabularios específicos, hay palabras que se ponen de moda y se repiten constantemente. A fuerza de escucharlas una y otra vez llegamos a descubrir su significado y su importancia.

Como estadística curiosa, en los documentos del Concilio Vaticano II (1962-1965) se menciona 157 veces la palabra *evangelio*, 18 veces el verbo *evangelizar* y 31 veces el término *evangelización*. Hoy, estas tres palabras salpican todos los documentos de la Iglesia. Baste citar tres ejemplos. El texto más importante del magisterio de Pablo VI es –para muchos– la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (El anuncio del evangelio), publicada en 1975. Poco después, la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, conocida como la Conferencia de Puebla (1979), tituló su documento conclusivo *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*. Y, finalmente, el programa pastoral del largo pontificado del Papa Juan Pablo II ha sido resumido por él

mismo con la fórmula *nueva evangelización*.

Evangelización es una palabra derivada del vocablo griego *evangelio* (buena noticia), y en el vocabulario cristiano significa la acción de dar a conocer el Evangelio de Jesucristo, la *buena noticia* del Reino de Dios. Evangelizar es sentirse portador de un mensaje de liberación, de amor fraterno, de transformación de la persona y de la sociedad. La Iglesia existe para evangelizar, la Escuela Agustiniana también.

«Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad, y con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad.»

(PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n.º 18)

PARA EL DIÁLOGO

- **¿Hemos descubierto la relación entre educación y evangelización?**
- **¿Con qué dificultades tropieza hoy la evangelización de los niños y los jóvenes?**
- **¿De qué modo estamos empeñados en formar hombres nuevos con la novedad de la vida según el Evangelio? (*Evangelii nuntiandi*, 18).**
- **¿Es la evangelización el eje vertebral de nuestro Colegio?**

Mirando hacia atrás, podemos hallar un sentido más restringido del término evangelización, que se aplicaba, casi exclusivamente, a los misioneros que predicaban por vez primera el Evangelio en tierras lejanas. El significado se ha ampliado, y hoy se entiende como un proceso dinámico que engloba toda la acción de la Iglesia e incluye distintos elementos complementarios y mutuamente enriquecedores:

ANUNCIO al mundo del Evangelio del Reino de Dios.

TESTIMONIO entre los hombres de la nueva manera de ser y de vivir que ese Reino supone.

EDUCACIÓN en la fe de quienes se convierten a él.

CELEBRACIÓN en la comunidad de los creyentes –por la liturgia y los sacramentos– de la presencia del Señor resucitado y del don de su Espíritu.

RENOVACIÓN de la humanidad, impregnando y transformando con la fuerza del Evangelio los criterios, valores, estructuras y modelos de vida contrarios al Reino.

La evangelización, como afirma Pablo VI, es la razón de ser y la misión fundamental de la Iglesia. Compromete a todos sus miembros y es tarea irrenunciable del Colegio Agustiniiano, porque la antropología agustiniana que fundamenta nuestra educación es religiosa. En el pensamiento de san Agustín, la búsqueda humana apunta a una verdad absoluta y el amor y la interioridad a un Dios que tiene su morada dentro de nosotros.

El mundo actual está presidido, culturalmente, por la muerte de Dios, y

ante el espectáculo del llamado Tercer Mundo, o de la violencia ininterrumpida –por citar dos escenarios de muerte–, la respuesta exculpatoria de Caín resuena como un grito de justificación: «¿Soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?» (Génesis 4.9). La humanidad se siente desorientada, infeliz, atrapada por la desesperanza. ¿Qué podría hacernos hoy más libres, más humanos, más felices? A esta cita con el ser humano, sumido en la perplejidad y la contradicción, acude la Iglesia y pone en ejercicio su vocación propia: *evangelizar*.

¿Es la escuela lugar de evangelización? Hay que salir al paso de algunas objeciones que se pueden utilizar para justificar una cierta inhibición ante el imperativo de la evangelización. Cuatro son manejadas, particularmente:

1. Desde el Colegio es poco lo que se puede hacer, porque las exigencias académicas son prioritarias y tampoco hay tiempo para mucho más.
2. Al Colegio no se le puede pedir todo. Evangelizar es función de las parroquias. Además, yo no estoy preparado para esas cosas.
3. ¿Evangelizar? De acuerdo. Ya funciona en el Colegio un Departamento de educación en la fe, se cuida la ERE (Enseñanza Religiosa Escolar), y los agustinos y agustinas responsables de la pastoral ofrecen un programa de actividades que abarca todo el curso.
4. El discurso sobre Jesucristo y los valores del Reino que él instauró chocan con la majestuosidad de los edificios de nuestros Colegios.

¿Será verdad que se puede hacer muy poco en las aulas, que la pastoral habría que derivarla a las parroquias, que es competencia de los religiosos, y la estructura material de nuestros edificios, en vez de ser una ayuda, es un inconveniente?

LA EVANGELIZACIÓN EN EL CENTRO EDUCATIVO AGUSTINIANO

Se ha insistido mucho, últimamente, en que la escuela «*es lugar de auténtica y específica acción pastoral. Comparte la misión evangelizadora de la Iglesia y es lugar privilegiado en el que se realiza la educación cristiana*» (Sagrada Congregación para la Educación Católica, *La Escuela católica en el umbral del Tercer Milenio*, Roma 1997, n.º 11).

No estamos sólo ante una declaración de intenciones ni ante una dimensión yuxtapuesta a la académica, sino que se trata de una cualidad propia y específica de cualquier escuela católica. Y la nuestra lo es. Por lo menos intentamos que lo sea, y así nos presentamos ante la sociedad. Es importante, no obstante, que no nos quedemos únicamente en afirmaciones solemnes. En la fachada de nuestros colegios, o nada más que atravesamos el umbral de la puerta, encontramos algún signo de identificación como escuela católica; pero ¿qué rasgos o características podrían definir esta escuela?

Las exigencias mínimas de la escuela católica se podrían concretar así:

ASUMIR, como debe hacer toda escuela, una función verdaderamente educativa. No basta comunicar saberes, es preciso transmitir valores y atender todas las dimensiones de la persona humana.

ORIENTAR toda la acción educativa según una concepción del ser humano inspirada en el Evangelio.

GARANTIZAR una sólida formación religiosa que haga posible el diálogo fe cristiana-cultura y ayude a los alumnos a lograr la unidad entre fe y vida.

ABRIR las puertas a todas las clases sociales, sin discriminación alguna, esforzándose por llegar a los sectores más necesitados.

INTEGRARSE en la acción pastoral de la comunidad diocesana y parroquial. La escuela católica no puede ser una isla en medio de la propia Iglesia local o diocesana, de sus preocupaciones y objetivos pastorales.

Se trata, evidentemente, de un programa ambicioso, de una meta de llegada que nunca debemos ignorar,

para saber en qué dirección debemos caminar. El ideal siempre está lejos y una actitud de sincera autocrítica nos ayudará a descubrir el largo camino que aún nos queda por recorrer. Pensar que el Ideario o la titularidad religiosa de un colegio le otorga, automáticamente, su condición de católico y, por lo tanto evangelizador, es una dispensa demasiado fácil para no entrar en el doble carril de la conversión y la renovación permanentes.

Volvamos a las objeciones que antes planteábamos. Ya hablamos de cómo la escuela católica *es lugar privilegiado en el que se realiza la educación cristiana*. Quizá sea clarificador recordar que la pastoral posible en la escuela es la *pastoral educativa*; no la pastoral parroquial. Son diferentes los ambientes, las motivaciones, los destinatarios... Si no está claro este presupuesto, el riesgo es entrecruzar objetivos y métodos que son válidos cada uno en su propio marco. También hay que recordar la necesidad de un grupo de personas con clara conciencia de participar de la misión evangelizadora de la Iglesia y de un trabajo organizado y coordinado. Nadie puede sentirse evangelizador a su manera, desde la improvisación, o únicamente desde la buena voluntad.

Por otra parte, evangelizar no significa sumar horas al horario escolar con actividades religiosas, o introducir cuñas moralizantes en las explicaciones de las diferentes asignaturas. Tan importante como la palabra o el comentario oportunos –la inoportunidad merma

validez al mejor mensaje– es el lenguaje de los gestos, la honestidad profesional, el sentido de la justicia, la atención a esos alumnos o alumnas que tiran de la media de la clase hacia abajo por sus limitaciones, la disponibilidad para escuchar a todos... Para presentar la Palabra de Dios no estamos preparados todos, y tampoco todos somos expertos catequistas, pero sí para ser personas responsables, veraces, justas, acogedoras.

El carácter evangelizador de la Escuela Agustiniana no se refiere al funcionamiento de un Departamento, sino que compromete a toda la estructura humana y material del Colegio. La evangelización es la médula de la educación agustiniana. El Departamento de educación en la fe será motor que dinamice la vida entera colegial, porque la evangelización afecta a la columna vertebral de nuestra propuesta educativa.

La estructura física y la ubicación de nuestros Colegios, ¿puede ser una dificultad para la evangelización? Quien pasa por la calle, ve unos edificios grandes, cuidados y limpios. En algunos casos, aunque se levantaron en zonas periféricas, están situados en el centro de la ciudad. Nada podemos hacer por trasladar el Colegio hacia otro lugar, y no hay por qué renunciar a ofrecer unas instalaciones y unos medios de calidad. La pregunta no es ¿qué instalaciones tenemos?, sino ¿para quiénes las tenemos?, y si también los recursos materiales están al servicio de la evangelización.

Si tenemos en cuenta el proceso de secularización y la lejanía de muchas familias respecto a la Iglesia, hay que admitir un cambio de perspectiva en relación con los centros o lugares de evangelización. Hay familias desvinculadas de su parroquia. El único punto de contacto tangencial con la Iglesia –por exigencias puramente prácticas– es el Colegio católico. Un hijo o una hija en casa es, al mismo tiempo, un alumno que tiene que seguir el proceso de escolarización. ¿Dónde? Si cerca del domicilio familiar hay un colegio y es una institución educativa de prestigio, la solución es perfecta. Que sea o no religioso su *Ideario* es secundario para un buen número de padres. Se valora su funcionamiento académico, su organización interna, el porcentaje de éxitos en las pruebas de acceso a la Universidad... Una madeja de turbias motivaciones donde, sin excluir el elemento religioso, tampoco es la razón primera que determina la elección.

«El clima socio-cultural imperante en la sociedad actual hace que, a menudo, la escuela católica sea el único lugar donde se puede hacer una propuesta clara y explícita de la fe cristiana a quienes no acuden a los templos.»

(Luis GONZÁLEZ-CARVAJAL, *La escuela católica lugar de evangelización*, Ed. CCS, Madrid 1992, p. 11)

Esta afirmación de González-Carvajal refuerza la importancia pastoral de la escuela católica y, al mismo tiempo, deja al descubierto su mayor debilidad; porque, con frecuencia, la acción evangelizadora no se ve suficientemente respaldada por la familia u otras instancias.

El clima de secularización y la situación actual de la familia y la juventud abren posibilidades inéditas de evangelización a la escuela. Hasta el punto de poder convertirse en lugar de iniciación cristiana o «parroquia» de personas indiferentes y alejadas. Se plantea, así, una pastoral específica que abarca a padres y alumnos y la pregunta sobre las condiciones de admisión en nuestros Colegios. Pregunta que se abre en dos direcciones. ¿Qué podemos exigir a los profesores? ¿Y a los padres y los alumnos?

En uno y otro caso, el punto de partida es el *Ideario* o *Carácter propio* del Centro. Compromete más, indudablemente, a los profesores, porque se presupone sean ellos el *Ideario vivo*, los testigos de los valores que la Escuela Agustiniiana pretende ofrecer en su propuesta educativa. La claridad y vigencia de esta propuesta no dependerá de un texto escrito, sino de un grupo de educadores identificados con un modo concreto de concebir al ser humano y la realidad, según el evangelio de Jesús.

A los padres y a los alumnos habrá que presentarles, de modo muy claro y explícito, los indicadores que marca el *Ideario* como itinerario de crecimiento integral y de plenitud. En esa dirección

caminamos e invitamos a todos a compartir idéntico camino. Por eso una exigencia básica es respetar el plano de viaje y no entorpecer las acciones que se van marcando en el libro de ruta. El respeto, ¿es suficiente? Como primer signo de aceptación y participación, sí. Los niveles de identificación y participación son diferentes, y se trata de seguir un proceso gradual que llegará a cotas muy distintas.

La Escuela Agustiniiana no es *escuela cristiana sólo para los cristianos*, sino escuela –que por ser cristiana– está abierta a todas las personas y participa de la dimensión misionera de la Iglesia. El núcleo o fermento cristiano lo garantizan el *Ideario escrito* y el *Ideario vivo* que encarnan los profesores. Los alumnos y los padres reciben esta propuesta –que va más allá de lo académico–, pero la secundarán desde ese ámbito inviolable de la libertad personal.

A veces se da más importancia a la pretendida selección de alumnos que a la necesaria claridad en los planteamientos educativos desde criterios evangélicos. A los primeros que implica la escuela cristiana es a los educadores, no a los alumnos, y tampoco a sus padres. Alumnos y padres pueden recibir la impronta evangelizadora de la escuela cristiana. La coherencia de los educadores con su fe se reflejará en un modo peculiar de concebir la vida humana, la educación, las relaciones interpersonales.

EL CENTRO EDUCATIVO AGUSTINIANO, AGENTE DE SOCIALIZACIÓN RELIGIOSA

Se entiende por *socialización* el proceso mediante el cual un grupo transmite a los nuevos miembros los valores, normas, actitudes y comportamientos que le caracterizan. Socialización religiosa sería, entonces, el proceso por el cual una generación de creyentes transmite a la siguiente su fe religiosa.

Este proceso es muy importante si pensamos en el futuro del Cristianismo, y adquiere particular interés en las etapas de la educación. Aunque el proceso de socialización no se puede circunscribir a un calendario cerrado, porque dura toda la vida, su momento básico coincide con esos capítulos fundamentales de la formación de la personalidad: niñez, adolescencia y juventud. La psicología y la experiencia avalan esta afirmación que san Agustín expresa muy plásticamente, al decir que el nombre de Jesucristo lo había mamado en su corazón al mismo tiempo que la leche materna, y lo tenía profundamente grabado (*Confesiones* 3,4,8).

La socialización religiosa no se apoya, únicamente, en unas acciones específicas programadas desde el Departamento de pastoral, sino *de modo permanente y por vía de impregnación*. A menudo, los miembros del grupo no son conscientes de estar llevando a cabo esta tarea de socialización. Son principales agentes de socialización la familia, la escuela y los

medios de comunicación.

Probablemente por este orden en épocas pasadas, en orden inverso –según los expertos– en el momento actual. Además, hasta hace pocos años lo normal era que todos estos agentes de socialización transmitieran convicciones religiosas coincidentes que eran asimiladas con naturalidad. Hoy vivimos otra realidad: en la sociedad pluralista y secularizada es frecuente que los diferentes agentes de socialización transmitan mensajes diversos, e incluso contradictorios, acerca del hecho religioso, o que, simplemente, no transmitan ningún mensaje.

Hay que ahuyentar cualquier sentimiento de nostalgia o aceptación acrítica del pasado. Tampoco se puede olvidar que el cristianismo tuvo su época de mayor autenticidad cuando no contaba con ningún apoyo social. Entonces supo encontrar su propia forma de socialización en la comunidad cristiana y la catequesis. Por otra parte, la «fe sociológica» ha dejado tras de sí una herencia de dudoso valor.

Para que nuestros Colegios agustinianos sean realmente agentes de socialización religiosa no basta que los educadores respeten el *Ideario* o *Carácter propio* desde una postura aséptica o neutral. Es preciso que vivan y compartan la fe desde un serio compromiso personal. Sólo así puede existir una célula de impregnación o irradiación cristiana que influya en el resto de la comunidad educativa. En este sentido, no es exagerado decir que la influencia y el testimonio de los educadores laicos

puede ser hasta más significativa que en el caso de los religiosos. Ante los ojos, siempre receptivos y críticos, de los alumnos, perciben los gestos y palabras de los primeros como si fueran más espontáneos y verdaderos. Lo que hacen los religiosos, sin embargo, se ve como normal, de acuerdo con el guión de la vida religiosa.

EL CENTRO EDUCATIVO AGUSTINIANO, ÁMBITO PARA LA ENSEÑANZA SISTEMÁTICA DE LA RELIGIÓN Y DE EDUCACIÓN EN LA FE

La simple socialización no basta para hacer a nadie cristiano. Se necesita el complemento de una enseñanza religiosa seria y una adecuada catequesis o educación en la fe. Es notoria la falta de cultura religiosa y cómo en torno a lo religioso nacen y crecen los prejuicios, la fantasía y los relatos legendarios. El resultado es un barniz superficial de cultura religiosa o una religiosidad infantil que no puede ofrecer respuesta a las grandes preguntas que hoy plantea la ciencia.

Continúa pendiente el contencioso entre la Enseñanza Religiosa Escolar (ERE) y la catequesis. La distinción teórica no presenta dificultad, pero surgen las dificultades cuando se trata de aplicaciones prácticas. Dicho de otro modo, ¿qué debe hacer el profesor de la ERE en el aula? ¿Se puede evaluar la ERE como cualquier otra asignatura? ¿En algún momento del proceso

educativo, la ERE y la catequesis pueden ir de la mano? ¿El aula es espacio propio para la catequesis? No hace falta desgranar más preguntas, sino atrevernos a sugerir algunos caminos de respuesta.

El profesor de la ERE tiene que mostrar –como los demás profesores– competencia profesional y, además, ser testigo de una fe cristiana madura. Su clase –o su tiempo de formación religiosa– tiene las mismas características que otras disciplinas y está sometido al régimen ordinario de evaluación, disciplina, horarios... Cualquier forma de intentar abaratar la ERE o de limar aristas para evitar actitudes de rechazo es una forma de falsificación. Ningún profesor de matemáticas suprime los capítulos más difíciles del temario para ganar adeptos. Es el profesor quien cree firmemente que lo que enseña merece el esfuerzo que cuesta aprenderlo. En el aula es inevitable un mínimo de coacción.

«Si no es el educador el que le ofrece el modelo racionalmente adecuado, el niño no crecerá sin modelos sino que se identificará con los que le propone la televisión, la malicia popular o la brutalidad callejera, por lo común exaltados desde el lujo depredador o la mera fuerza bruta.»

(Fernando SAVATER, *El valor de educar*, 11.ª edición, Ed. Ariel S.A., Barcelona 1999, p.96)

Otro capítulo es la relación ERE-Catequesis. En los primeros años caminarán de la mano y más adelante se irán distanciando. La libertad hay que garantizarla cuando se puede ejercer no antes. El proceso educativo supone crecer en libertad, ser capaz de elegir. Nada de esto puede hacer un niño, pero sí un joven. Lo importante es que la presentación de los contenidos de la fe cristiana en los primeros años no esté dominada por una moral prohibitiva, sino liberadora. La figura de Jesús como compañero de camino en la aventura de la vida y la propuesta salvadora de la buena noticia del evangelio tienen carácter opcional; son una invitación. Hay otras propuestas, indudablemente, y ante una invitación siempre existe la posibilidad de la aceptación o el rechazo. Sólo que esta opción hay que situarla en un momento evolutivo de cierto crecimiento y no se puede adelantar a la infancia.

La ERE y la catequesis son dos servicios eclesiales diferentes. Diferentes y, al mismo tiempo, complementarios. El Colegio no es una parroquia y tampoco es el aula un tiempo de catequesis. Colegio y aula, sin embargo, pueden ser espacios privilegiados de evangelización. Esta acción pastoral sólo será realmente válida si convoca a todos los miembros de la comunidad educativa. Convocados todos, convencidos y comprometidos de un modo especial –*testigos en la escuela*– los profesores que, en su modo de vivir, intentan el equilibrio entre la comunión y la misión propias de la Iglesia y de los cristianos. Comunión de personas diferentes, responsables y libres, unidas por el Espíritu Santo.

Misión que lleva al anuncio de Jesucristo y la denuncia del olvido de la justicia y la solidaridad.

En el empeño del Colegio Agustiniiano por una educación integral no se puede olvidar la educación en la fe. La ERE atiende los aspectos teórico-doctrinales y la catequesis lleva a la celebración y el compromiso de la vida cristiana. Se abre, aquí, un amplio repertorio de posibilidades para todos los educadores, que pueden desplegar su creatividad en distintas iniciativas pastorales. Además de la ERE, existen actividades complementarias extraacadémicas, de acompañamiento de grupos, animación de tiempo libre, catecumenado de jóvenes o de adultos... Todo en el marco de una pastoral de conjunto parroquial y diocesana. En el proyecto global de la diócesis, la escuela católica –en este caso el Colegio Agustiniiano– tiene su lugar y su función. Además de ser el espacio adecuado para el diálogo fe-cultura, supone una presencia cualificada de la Iglesia en el campo escolar, para que los alumnos «se conviertan en fermento salvador de la comunidad humana» (Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la educación cristiana de la juventud*, 8).

El Colegio Agustiniiano debe hacer operativa una plataforma educativa y evangelizadora desde tres niveles o círculos concéntricos: El primero, y más amplio –dirigido a toda la comunidad educativa– es *la propuesta de estilo agustiniano de ser hombre o mujer y de vivir en el mundo*. Incluye la educación en los valores que definen la pedagogía agustiniana. El segundo círculo es *la propuesta del diálogo fe-cultura*. Se

realiza, especialmente, mediante la Enseñanza Religiosa Escolar. El tercer círculo es *la propuesta explícita de la fe*, que incluye la catequesis. Se lleva a cabo por medio de actividades específicas que, ordinariamente, organiza y coordina el Departamento de Pastoral.

Nadie piense que la pastoral es un añadido en la educación. Estamos ante el eje vertebral del Colegio Agustiniiano y ante ese nuevo horizonte de la educación que, en palabras del Informe Delors, «intenta proporcionar las cartas náuticas de un mundo complejo y en perpetua agitación, y, al mismo tiempo, la brújula para poder navegar por él» (J. DELORS, *La educación encierra un tesoro*, Ed. UNESCO, Madrid 1995, p. 95). Evangelizamos educando y educamos evangelizando *en comunidad, desde la interioridad y para la solidaridad*. (cf. Vv. *Notas para una educación agustiniana*, FAE 1994, n.º 2, pp. 154 y ss.).

Evangelizar no puede significar otra cosa que anunciar a Jesucristo como salvación y plenitud humana. El proceso de evangelización exige tres experiencias de gran alcance: el amor a uno mismo, la amistad y la fraternidad. La evangelización lleva a la fraternidad, y la fraternidad es responsabilidad social, compromiso con la justicia y la paz. Algo que va contra la ley fundamental del cristianismo –la encarnación– es desentenderse de la historia y del mundo. Si invocamos a Dios como Padre, todos somos hermanos. Esta entraña humanista del cristianismo es una constante del pensamiento agustiniano.

En tiempos de san Agustín, el obispo no se podía aislar en su residencia porque, entre otras tareas, era también administrador de la justicia y tenía que ocuparse de asuntos que en nuestros días son competencia de los tribunales. San Agustín, sin abandonar su vocación al estudio, se identifica con los problemas de su tiempo y habla, en sus sermones, de las cuestiones que preocupaban a los ciudadanos de Hipona. Es impensable evangelizar sin recuperar la esperanza en los jóvenes y escuchar su voz.

Estamos llamados a crear en la escuela un clima que ponga en pie a las personas y salga al paso de toda forma de pasotismo. La acción educativo-evangelizadora se desarrolla en diálogo con el entorno real; esa historia que es el escenario de las grandezas y miserias humanas. La cultura actual favorece una progresiva inhibición ante los problemas ajenos. Nuevas formas de aburguesamiento llevan a la merma de sensibilidad hacia las necesidades ajenas. Sólo las grandes catástrofes parecen despertar el interés general. Existe África cuando surge una epidemia o una guerra, y América Latina cuando un huracán siembra de víctimas un país.

«Hoy interesa a muchos que la gente joven sea conformista y que mantenga bajo el nivel de sueños y utopías porque la realidad es que no parece que hay mucho que ofrecerles y mejor que no se hagan muchas ilusiones. Es preferible que sean fríos, sin

apasionamientos, inocentes, conformistas y tranquilos. Interesa que sigan consumiendo compulsivamente, que se desentiendan de los asuntos que afectan a la sociedad, que estén despreocupados y desocupados, acrílicos, dóciles, escondidos en el refugio del grupo, camuflados en el anonimato de la moda, arrastrando apatía y lasitud, inmersos en “los cuarenta principales”!

Pero entonces, es tarea de una escuela que quiere ser “profética”, el ayudarles a mirar la realidad de otra manera, el tratar de “desencasillarlos” del grupo de los que no tienen opinión, ni fuerzas, ni ganas de tenerlas, de los conformes, de los que no dan guerra.

La escuela tiene un papel irremplazable en conseguir eso que Jon Sobrino llama la “honradez con la realidad” y que obliga a los educadores a no desertar de esta responsabilidad a la hora de dar a los niños y adolescentes una visión real y no domesticada o engañada del mundo en que viven.»

(Dolores ALEXANDRE, en *La escuela católica, comunidad eclesial*, Ed. San Pío X, Madrid 1994, pp. 123-124).

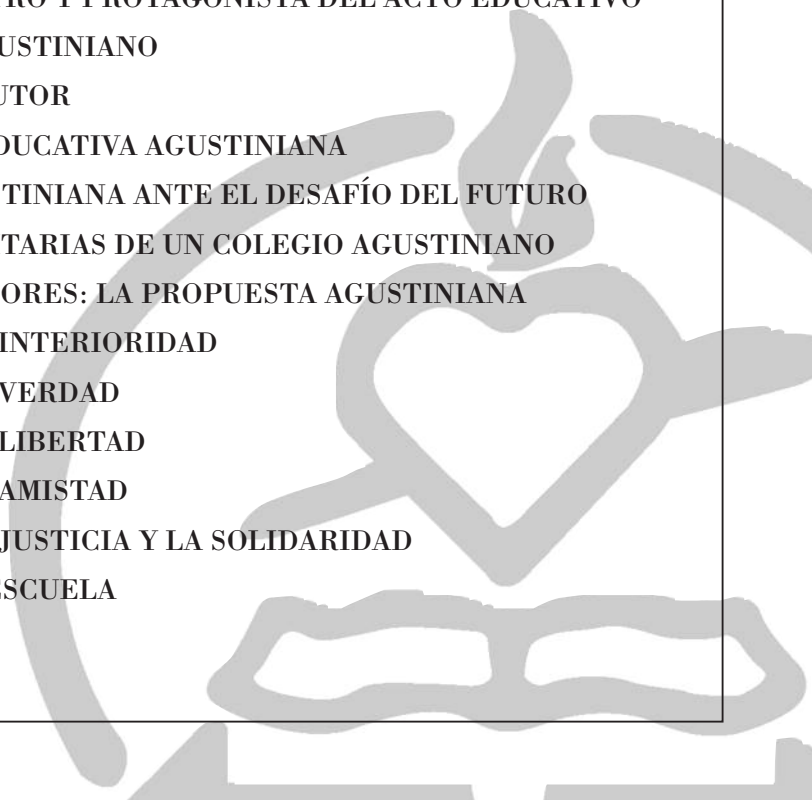
PARA EL DIÁLOGO

- **¿Programamos y evaluamos nuestro trabajo desde los criterios del Evangelio?**
- **¿Existe, en nuestro Colegio, un Proyecto educativo-pastoral, compartido por todos, elaborado desde la realidad de los destinatarios, con metas definidas, itinerarios graduales y personas responsables de las distintas acciones?**
- **¿Establecemos programas de apoyo y recuperación para los alumnos académicamente más necesitados?**
- **¿Entendemos la Tutoría como ámbito privilegiado para el acompañamiento personal?**
- **¿Somos sensibles a las necesidades del entorno donde se encuentra nuestro Centro, o vivimos de espaldas a cualquier función pastoral o social de nuestras instalaciones?**

El desafío que plantea evangelizar educando es la coherencia entre la fe y la vida. Lo advierte claramente san Agustín: «De nada sirve predicar la verdad si el corazón disiente de la lengua» (*Comentarios a los Salmos* 57,23). El anuncio y el testimonio son dos momentos complementarios de la evangelización. «*El testimonio sin anuncio es un signo equívoco: no hace por sí solo referencia a Jesucristo. El anuncio sin testimonio es palabra vacía*» (J. R. URBIETA, *Pastoral de juventud*, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1986, p. 40). Por eso la evangelización de los jóvenes está reclamando nuevas presencias, nuevo lenguaje, nuevos métodos y, sobre todo, nuevos modelos de vida cristiana.

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 